



XII

UN TESTIGO PRESENCIAL: ELLIS PETER BEAN

Las memorias de Ellis Peter Bean fueron publicadas como apéndice de la “Historia de Texas desde su primer establecimiento en 1687 hasta su anexión a los Estados Unidos en 1846” por Yoakum Henderson, en 1855-56, y en volumen separado por Austin Mattie Haycher, en 1930. Eduardo Enrique Ríos publicó un ensayo titulado “El insurgente don Pedro Elías Bean, 1763-1848”. (Anales del Museo Nacional. Época 5ª tomo 1 N° 3, tomo 26 de la colección julio a diciembre de 1934.) El diplomático francés Jean Delalande presentó *Les Aventures au Mexique et au Texas du Colonel Ellis Peter Bean* en un libro que aprovecha no solamente la narración autobiográfica del coronel insurgente, sino más amplias informaciones que constituyen una completa biografía. De esta última obra tomamos los fragmentos que atañen más directamente a la vida de Morelos, y que son interesantes como testimonio personal, hasta ahora descuidado por la mayoría de los historiadores. Además de los datos que ofrecen sobre algunos aspectos de detalle en la época inicial de las campañas de Morelos, ayudan a comprender mejor algunos hechos de mayor cuantía, en la situación material y moral de los insurgentes y en las relaciones del movimiento de Independencia con los angloamericanos. Es preciso anticipar también que el testimonio de Bean debe admitirse con reservas críticas, por la ignorancia que desfigura nombres de personas y lugares, y la tendencia muy humana de aumentar la importancia de su persona y de sus actos.

El escritor Henderson Yoakum, que publicó por primera vez las *Memorias* de Bean explicó que éste no tenía más que una instrucción rudimentaria y que los muchos años que había pasado en México lo

habían hecho casi olvidar su propio idioma. Mezclaba confusamente el inglés y el español, con penosas repeticiones y faltas de ortografía y su manuscrito tuvo que ser revisado, corregido y copiado varias veces.

En el año de 1800, Bean formó parte de una expedición de filibusteros, aventureros o contrabandistas, a las órdenes de Philip Nolan, bien conocido por sus actividades de ese género entre la Luisiana y Texas. La expedición tenía el propósito aparente de comprar caballos, pero también deseaba Nolan explorar más adentro hacia Nueva España en busca de yacimientos de metales preciosos y mejores campos de contrabando.

El viaje fue infeliz. Después de muchos incidentes que no es ocasión de relatar, Nolan fue muerto cerca de la frontera de la provincia de Chihuahua y el territorio de Nuevo México, y casi todos sus hombres fueron aprehendidos y enviados hacia el interior del país. Bean estuvo confinado en la ciudad de Chihuahua durante siete años, y después de un intento de evasión fue remitido a la fortaleza de Acapulco, lo mismo que cuatro de sus compañeros de aventura, entre los cuales debemos mencionar a David Fero y William Danlin.

Es conveniente advertir que durante la prisión y proceso de los expedicionarios, se hicieron gestiones para obtener su libertad tratando de obtener la protección del gobierno de los Estados Unidos, y según cuenta Bean los documentos de la causa judicial fueron enviados por una parte a España y por otra al presidente Jefferson, quien declaró "que no tenía ningún conocimiento de los reos y que debían ser juzgados por las leyes españolas".

Un nuevo intento de evasión en Acapulco hizo que el gobernador de la fortaleza propusiera a las autoridades superiores el envío de Bean a Manila, y precisamente cuando se esperaba la llegada de un barco de las Filipinas, la guerra de Independencia obligó al gobierno de la Nueva España a recurrir a todos sus recursos militares. En la fortaleza de Acapulco los presos se transformaron en reclutas, y entre ellos los cuatro prisioneros norteamericanos. Bean recibió la promesa de libertad a cambio de sus servicios en el ejército contra los insurgentes.

Al principio, hizo sus ejercicios con los demás reclutas con regularidad. Las tropas republicanas estaban todavía muy lejos y el prisionero convertido en soldado realista comenzó a pensar en la oportunidad de pasarse al bando contrario, ya sea porque aumentaban sus probabilidades de fuga o por simpatía para los insurgentes. Inició conversaciones con sus compañeros sobre la revolución y les decía:...

“Todos los naturales del país tienen el deber de unirse a los republicanos, porque éstos luchan para romper el yugo de España; quieren que México, robado por los españoles hace cerca de trescientos años, vuelva a sus legítimos propietarios; los insurgentes arrojarán a los europeos y ustedes serán coroneles o generales y dueños de todas las riquezas.” En realidad, esta fórmula simplista fue la más efectiva para provocar el movimiento popular de la Independencia, y para estimular no solamente el entusiasmo, sino también desgraciadamente el desbordamiento de la violencia, la destrucción y la crueldad.

La conspiración continuó su proceso, y Bean encontró al fin el momento oportuno cuando fue enviado en expedición a Puerto Marqués, a cinco millas de Acapulco, y el jefe de la expedición, Cosío, pidió voluntarios para remontar el río y buscar el lugar donde se ocultaba Morelos. Se ofrecieron para cumplir esta misión el mismo Bean y uno de sus compañeros de Natchez, William Danlin, además de seis españoles.

En la primera ocasión favorable Bean se separó del grupo explorador y procuró acercarse a las milicias republicanas; tuvo la fortuna de encontrar patrullas insurgentes entre las cuales se hallaban desertores de la guarnición de Acapulco, que lo conocían. Ayudó a la captura de los españoles que habían salido con él de Puerto Marqués y con ellos, y además William Danlin, fue llevado al campamento de Morelos. Con el jefe insurgente estaban cincuenta de sus hombres y no disponían más que de veinte fusiles deteriorados y un pequeño cañón y solamente seis libras de pólvora. Pero también tenían un poco de azufre y de salitre y Bean encontró la oportunidad de hacerse útil por su conocimientos para la fabricación de pólvora. Bajo su dirección las mujeres de los soldados insurgentes se pusieron a moler en sus “metates”, en vez del maíz de las tortillas, el salitre y el azufre.

Los recién llegados advirtieron al general Morelos que formaban parte de un destacamento de cerca de doscientos hombres bien armados, que muy pronto podrían acercarse y a los cuales era posible atacar de improviso, como efectivamente pudo hacerlo el jefe insurgente dirigiendo personalmente el asalto. Pero según Bean, la situación de Morelos no era muy brillante, y se ofreció a volver al campamento español para atraer más desertores, simulando una evasión. Así lo hizo, y en compañía de Danlin volvió al fuerte de Acapulco para desarrollar su proyecto.

Hizo creer al jefe español que Morelos tenía cerca de mil hombres bien armados, para inducirlo a esperar refuerzos. El coronel Paris

debía llegar efectivamente en auxilio de Acapulco, y los españoles defensores del puerto pensaban salir a encontrarlo en el Paso de la Sabana, y con refuerzos que aumentarían la tropa hasta setecientos hombres, atacarían a los patriotas.

Pasaron diez días sin que Bean pudiera comunicarse con Morelos. Al fin recibió una orden para salir a una cacería de garzas, cuyas plumas serían para distinguir en la tropa a los soldados que no llevaban uniforme; se separó de los demás cazadores y encontró a dos mujeres, esposas de insurgentes que sirvieron de enlace.

Setenta soldados con los oficiales Tabares y León estaban dispuestos a pasarse al campo independiente, y el coronel Julián de Avila con quinientos veinte y siete republicanos asaltó al destacamento realista a la hora convenida y en combinación con los desertores logró un triunfo rápido y pudo apoderarse de algunos cañones y buen número de fusiles que le hacían mucha falta. Cuando Paris quiso prestar auxilio a sus tropas comprometidas, ya no pudo hacer nada porque todo el armamento estaba en poder de sus enemigos y difícilmente logró escapar a caballo, sin sombrero y sin uniforme. Todos los soldados de las tropas de Paris que no eran europeos, pasaron a las filas de los insurgentes. Los refuerzos que debían llegar a los realistas, al saber el desastre, retrocedieron hacia Oaxaca.

Al día siguiente muy temprano llegó Morelos cuando los vencedores se disponían a levantar el campo con su botín de guerra y todos juntos se dirigieron al campamento del Paso de la Sabana, con la intención de fortificarlo. Pero faltaban los recursos monetarios, y Ellis Bean sugirió la posibilidad de adquirirlos por medio de un saqueo de la población de Acapulco, aprovechando la posición de la ciudad indefensa, porque la fortaleza se había construido para defender la bahía y los cañones podían disparar hacia la ciudad. Debemos suponer que esta proposición de saqueo no se presentó tan crudamente a Morelos, sino como una maniobra para obtener préstamos forzosos, naturalmente a expensas de los comerciantes españoles. De todos modos, Bean la refiere sin escrúpulos y cuenta que numerosos voluntarios se ofrecieron para acompañarlo en la expedición.

La salida se hizo de noche, y una vez que fue sorprendida la guardia que cuidaba el hospital, la población estuvo a merced de los invasores, que se apoderaron de mercancías por valor de treinta mil pesos y ocho mil en dinero metálico.

En esta época, marzo de 1811, sigue contando Bean, "Los realistas habían reunido la mayor parte de sus fuerzas para luchar contra

Hidalgo, Rayón y otros jefes que avanzaban por el rumbo de Valladolid, y no podían presentar en contra nuestra tropas importantes.” Sin embargo, lograron formar un ejército de cerca de tres mil hombres, con el cual atacaron las fortificaciones del Paso de la Sabana. Y reproducimos las propias palabras del relator:

“Rechazamos a los realistas que se retiraron después de dos días de lucha . . . El general Morelos me dejó en el desfiladero con el grueso de las tropas y se dirigió con algunas unidades hacia Tecpan; después volvió y a la cabeza de todo el ejército marchó sobre Chilpancingo. Muy pronto supimos que el ejército realista se dirigía también a dicha población. Recibí órdenes de adelantarme con doscientos jinetes y logré entrar a Chilpancingo y sostenerme durante tres días, después de los cuales me vi obligado a retirarme, pero me llevé un buen botín quitado al partido realista de la localidad . . .

“Al día siguiente ocupamos Chualco. Los realistas se aproximaban rápidamente. Nosotros estábamos listos y salimos a su encuentro. Mientras que los combatientes se tiroteaban, yo me deslicé con trescientos patriotas a través de una arboleda y caí de improviso sobre la retaguardia del enemigo que comenzó a desbandarse. Nuestras tropas tomaron sin dificultad sus posiciones y hasta los oficiales españoles emprendieron la fuga . . . Todas sus municiones y tres cañones quedaron en nuestro poder . . . Yo recibí una herida de lanza en el muslo derecho . . .”

Después de estos sucesos, Ellis cuenta cómo entraron a Chilpancingo los insurgentes sin oposición y Morelos lo encargó de vigilar los movimientos del enemigo que huía hacia el rumbo de Acapulco. Da cuenta de su intervención en otros incidentes militares más o menos afortunados, y en particular de la instalación de una fábrica de pólvora bajo su dirección.

Otros testimonios de aquella época reconocen la ayuda eficaz que Bean dio a la causa insurgente al organizar y dirigir esta fabricación. El capitán Felipe Benicio Montero escribe: “El anglo americano Don Elías (Ellis) trabajaba mucho. La pólvora que fabricaba en Chilpancingo era un auxilio valioso porque era un hombre que conocía perfectamente el secreto de su preparación.”

El azufre provenía de una mina que se hallaba cerca de Chilpancingo.

Sobre el sitio de Cuautla dice Ellis Bean, siempre embelesado con su propia importancia: “El general (Morelos) resolvió hacerse fuerte

en Cuautla: las provisiones que yo le hice llegar le permitieron sostener el sitio durante seis meses." Y luego informa que Calleja se presentó frente a Cuautla con un ejército de doce mil hombres. Los jefes insurgentes decidieron que Morelos se dejara sitiado para atraer al grueso de las tropas realistas. Rayón, Cos, Verduzco y Bravo deberían caer sobre la retaguardia de los sitiadores y Morelos haría una salida. Así por medio de una sola gran victoria, los insurgentes se harían dueños de todo México. Pero los generales republicanos que sabían que Morelos estaba sitiado no avanzaron tan rápidamente como hubieran debido hacerlo; lo dejaron combatir solo y sufrir hambre, hasta que tuvo que abandonar la plaza. En una noche logró abrirse paso a través de las líneas enemigas, perdiendo pocos hombres, pero sacrificando cañones y municiones. En el curso de los dos meses que duró el sitio, fui a Chilpancingo para tratar de defenderlo con setenta hombres, pero tuve que refugiarme en Xochiltepec, porque mis fuerzas eran insuficientes. Para entonces ya había fabricado cerca de dos mil libras de pólvora y reparado un gran número de fusiles viejos que fueron muy útiles a Morelos cuando salió de Cuautla."

Sigue contando Bean que después del sitio de Cuautla fue con Morelos a la expedición de Huajuapán, donde Valerio Trujano se encontraba asediado. Los insurgentes lograron derrotar a los realistas, que abandonaron dos cañones y muchos fusiles. Siguió después las operaciones sobre Tehuacán, Orizaba, Oaxaca y Acapulco, y Bean asistió a los trabajos de organización del gobierno republicano. Su firma aparece en el acta de la inauguración del Congreso de Chilpancingo con el grado de comandante y el título de ingeniero. Más tarde fue ascendido a coronel. Sirvió algún tiempo a las órdenes de Rayón, y Morelos lo llamó para confiarle una comisión delicada. "Después de haberme contado sus desgracias, dice en sus *Memorias*, el general me pidió que saliera urgentemente hacia los Estados Unidos para organizar una expedición militar contra la provincia de Texas y si era posible adquirir armamento. Yo estaba en una situación financiera desesperada. Cuando salí de Oaxaca, tenía dos mil pesos, y solamente me quedaban quinientos para atender a las necesidades de mi destacamento. Sabía que en los Estados Unidos se puede hacer mucho con dinero, pero que sin dinero no se hace nada. En Tehuacán vivían algunos patriotas ricos. Los fui a ver para informarlos de la situación. Me conocían y estimaban mucho al general Morelos. Diez días más tarde supe que habían reunido diez mil pesos para mi viaje."

Bean logró llegar a Nueva Orleans y siguió después hacia Natchitoches, donde se hallaba un gran número de refugiados mexicanos, pero los encontró desanimados y sin el menor deseo de intentar una aventura, escarmentados por el fracaso de la anterior intentona encabezada por Alvarez de Toledo. Tuvo que volver a Nueva Orleans y alistarse en el ejército de los Estados Unidos, en el cual sirvió durante la guerra contra los ingleses. Terminadas las hostilidades, obtuvo permiso para volver a México, y se presentó nuevamente a Morelos en Puruarán, tres meses después de la derrota que ocasionó la prisión y fusilamiento de Matamoros.

“Las primeras palabras de Morelos, escribe Bean, fueron para decirme que mis impresiones habían sido justas y que su última campaña había sido un error. Me pidió noticias de los Estados Unidos y yo le dije que los angloamericanos eran amigos nuestros y nos deseaban el triunfo, pero que se encontraban en guerra con la Gran Bretaña y eso les impedía sin duda ayudarnos como lo hubieran querido.”

A pesar de ello, se decidió enviar una embajada a los Estados Unidos, para lo cual fue designado don José Manuel de Herrera, quien debía llevar consigo a Juan Almonte, el hijo de Morelos. Para este viaje se pudieron reunir veinticinco mil pesos y Bean fue designado para formar parte de la expedición. Al llegar a Nueva Orleans, según expresa el mismo Bean, comprendieron que el gobierno de los Estados Unidos no estaba dispuesto a reconocer al gobierno independiente, porque no se había logrado destruir el dominio español. Bean se separó de Herrera y Almonte, y volvió a México, pero ya no volvió a encontrarse con Morelos.

Los únicos datos que sobre este personaje proporciona don Lucas Alamán son los siguientes:

“En la noche de 8 de febrero . . . Morelos dividió su gente en dos trozos, dando el mando del uno a Avila y el del otro a un norteamericano llamado Elías, que con otros tres individuos de su nación, David, Collé y Guillermo Alendín, se había escapado de la plaza, en la que se hallaban por haberse hecho sospechosos, habiendo sido aprehendidos en la costa. Estos dos trozos habían de entrar por dos puntos diversos, pero habiéndose adelantado el que mandaba Elías más de lo que Morelos le había prevenido, rompió sobre él sus fuegos el castillo . . .” Y explica el mismo Alamán que copió los nombres del Cuadro Histórico de Bustamante, aunque creía pudiera haber alguna equivocación y que el aludido se llamaba Elías Bean, pero Morelos solamente lo llamaba

Elías y dijo que era inglés, porque entonces no se distinguía entre éstos de los norteamericanos.

Como puede verse, Alamán no tenía noticias de los antecedentes de Pedro Elías Bean, y al presentarlo como un sospechoso aprehendido en la costa sugiere la idea de que el aventurero pudiera ser un espía o agente provocador.